

PLASTICAS

Significación del Taller Torres García

A diez años de la desaparición de esa figura señera del arte nacional, Joaquín Torres García, fenómeno único en América y en el arte contemporáneo, que creó una mística personal por el solo hechizo de su inteligencia y su sensibilidad, que forjó una Escuela de Pintura logrando para estos pueblos nuevos y de aluvión el fundamental aporte de una experiencia comunitaria, la mitad de su obra: el Constructivismo y el Taller son desconocidos en su real valor. Se afirma que la avasallante personalidad de Torres aniquiló la de sus discípulos, que la persistencia al término de una década en la misma línea pictórica indica adocenamiento y falta de originalidad. Tal punto de vista desconoce ante todo que Torres junto a la enorme labor de síntesis que culmina en su serie de retratos, en los que da una versión moderna del mismo totalmente inédita, sólo comparable con ciertos cuadros de Picasso, abre un camino a la pintura moderna e inventa un estilo decorativo.

Por esto último rescata a la plástica de su destino de Museo para elevarla a los ámbitos más cotidianos, desde el simple objeto de uso, hasta el mueble, la tapicería, el vitral, la ilustración, y el muro.

Y porque alcanzó a perjeñar un estilo, aparecieron sus cultivadores que no son simples imitadores, sino artistas con convicción, que participan de una estética y de una concepción global del arte y la vida.

En un clima extranjerizante como el nuestro tan propicio a deslumbrarse ante la novedad, sin angustia metafísica, resultó fácil confundir la ac-



Dostoevsky, por Joaquín Torres García

titud del simple imitador con la del discípulo de una escuela. La propuesta de un trabajo colectivo de Torres García parecía anacrónica y absurda. Fue factible la concreción de dicho esfuerzo por la índole carismática del pintor, quien a través de la experiencia directa y del contacto personal posibilitó una versión de lo milagroso, rancando al arte nacional del destino de rudo materialismo que lo regía, en permanente adhesión a formas hechas, para infundirle una nota de misticismo trascendente, de contenido universal.

El arte Constructivo. — No se ha entendido todavía el sentido del Constructivismo, definido por el propio Torres como "el verdadero arte decorativo. Arte aplicado que se separa de la pintura con destino al lienzo". Su lugar es la pared, el mueble, el vaso. No obstante se le piensa siempre como pintura de caballete. Es en la ornamentación donde se manifiesta con carácter paradigmático la voluntad artística de un pueblo y sus particularidades específicas. Casi todas las grandes culturas alcanzan a formular un adorno lineal-geométrico, elemento que encarna el ingrediente estético de la vida. Su existencia es el testimonio de la implantación de un estilo.

Vale la pena reiterar el enorme significado que tiene en la cultura nacional la aparición de un estilo, es decir de una forma de expresión a través de la cual el artista selecciona un conjunto definido de elementos plásticos, con decidida prescindencia de otros, para dar forma así a su imagen propia del mundo. El estilo, es en este

sentido fruto de la más alta madurez de una cultura, que luego de haber construido una escala de valores, adapta todas las manifestaciones de la vida y por ende la creación estética misma, a su especial cosmovisión. Un ejemplo ineludible sería el proceso de formación de la plástica medioeval, cargada de elementos simbólicos, de grave hieratismo, sujeta a cánones rígidos, que en último término responde a los ideales dominantes de la época, a la vigencia de un orden religioso y a una especial concepción del mundo, necesariamente plasmado en su pintura. El artista del medioevo no imita, ni repite, ni se somete con humilde docilidad al canon, sino que "comparte" con altísima devoción el sistema de valores que conforman la imagen del mundo del hombre de su tiempo.

El Taller Torres García se apoya ante todo en la instauración de una actitud metafísica largo tiempo desdeñada, en la afirmación de un orden ideal y trasmundano y como colorario, en una ética que rige las relaciones del hombre con el mundo y con el prójimo, que dimana de los anteriores elementos aunados.

Ese es el sólido sustento de su quehacer de pintores, y en la medida que restablecen una "comunidad" en torno a valores "comunes", se expresan plásticamente de acuerdo a reglas universales e impersonales.

En un plano estrictamente plástico tal arte decorativo consta de tres elementos: la sección aurea, medida con el compás y resuelta en una estructura ortogonal, que se distingue del tipo de ornamentación cuyo origen es Mondrian. Incluida en ese esquema va el grafismo, integrado con imágenes diversas ya sea una casa, un hombre, un pescado, asimilados al juego lineal, disueltos en él, proporcionando un máximo de riqueza decorativa y como tercer elemento; el tono. Los dos primeros se funden en el ritmo, creado por la alternancia de las rectas y las curvas que limitan las formas y se unifican definitivamente en el tono. De este modo Torres García supera el "impasse" del arte contemporáneo, entre racionalismo e irracionalismo, cuyos ápices están representados por el arte concreto y el arte abstracto, el conjugar el elemento racional la geometría y el elemento intuitivo: el tono.

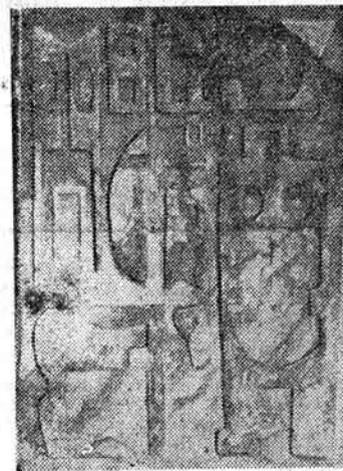
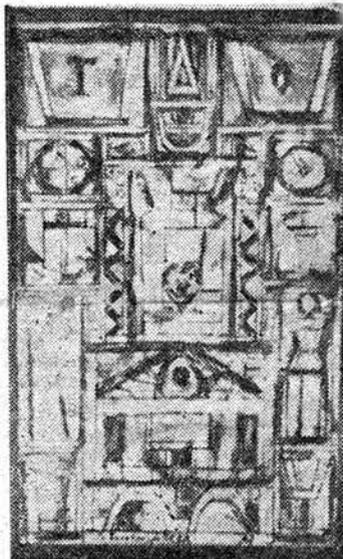
Por haber podido salir de la encrucijada descubre un arte ornamental. No es fortuito el hecho de que esa ornamentación insista en las formas más próximas de la cotidianidad, el cuchillo, la tabla de picar, la taza, el reloj. Responde a una asentada tradición de arte naturalista y es la vía de la recuperación del objeto.

Tal formidable síntesis permite incluir a Torres en la categoría de artista clásico. La conciliación entre el ordenamiento abstracto de la línea y el color y la superposición de objetos despojados de contenido significativo produjo ese extraordinario y venturoso resultado que se llama Constructivismo.

Pero un estilo una vez que nace sigue un proceso de desarrollo. Vive durante un tiempo determinado y cuenta con artistas que lo practiquen. La actual exposición del Taller Torres García de un nivel superior en todas sus manifestaciones, cerámica, objetos constructivos, mesas, ceniceros, y la pintura en sí, reafirman la vitalidad de este movimiento de arte, que necesariamente debe ser dogmático como lo fueron Policleto, o Fidias, o los egipcios con sus leyes específicas, pero que contrariamente a lo afirmado sigue un camino de auténtica creación. Porque como afirmaba Torres García una regla cualquiera servirá a condición de que no mate la emoción. Y en las obras del Taller hay emoción y hay "misterio". La originalidad existe porque ya nadie puede confundir una obra de Horacio Torres, con una de Augusto Torres, o de Elsa Andrada, o Fonseca, a Alpuj, a Gurvitch o Matto, o Otero, o Mancebo o Luisi. Al producir en ese estado emocional que es en último término libertad interior, libertad total, insesiblemente el artista nos da algo inédito.

Por una necesidad de afirmación en tanto que manifestación colectiva de Taller cada una de las individualidades que lo integran se han mantenido acordadas en ese coro de talentos que están a la altura de primeras figuras del arte contemporáneo. Quizá sea este el momento de tomarlas por separado en una análisis particularizador y las sorpresas no han de ser pocas. Ya cada uno de ellos está en posesión y en el pleno "conocimiento de sí mismo", para usar el título de uno de los libros del Maestro. El marcado acento lírico de Andrada, la rotundidad plástica de Augusto Torres, la fina sensibilidad cromática espiritualizada por una gama de azules verdosos de gran contenido emotivo, de Horacio Torres, la gracia imaginativa de un temperamento eslavo como Gurvich o la franca y rutilante luminosidad de un Matto, son índices del eficaz magisterio de Torres y que asistimos a la afirmación de una gran Escuela de pintura.

MARIA LUISA TORRENS



Arriba, izquierda: Constructivo de Joaquín Torres García. Arriba, derecha: Constructivo de Horacio Torres. Abajo: Constructivo de Torres García y piedra de Dumas Oroño.